

**“ HACERSE EL HÉROE ERA MUY DIFÍCIL.  
APRENDER ESE NUEVO IDIOMA QUE SE ES-  
CRIBÍA PARA UN LADO Y LUEGO SE LEÍA  
PARA EL OTRO ME COSTABA MUCHO TRABAJO” .**



# El héroe

por Víctor M. Campos

**Y**o no estaba preparado para esa situación:

Con lo que pagan, con mis propias broncas, cómo iba a estarlo. De todos modos les valió madres<sup>1</sup>. Ese lunes, apenas dos semanas después de empezadas las clases, tocaron la puerta del salón y así mero llegó esa niña. ¿Y ora?, pensé nomás al verla. Miré a la directora: ella alzó los hombros y frunció la boca. La fruncimos. Le hice un lugar a la recién llegada en la primera fila. En ese momento no se me ocurrió qué más hacer. La directora algo les dijo a los demás niños, me miró y se fue. Por un buen rato, todos nos quedamos en silencio.

Cuando vi detenidamente a esa niña se me enchinó la piel. Movía los ojos de allá para acá, sin parar, como tratando de ver. Pero con esa nata blanquecina encima qué iba a andar viendo nada. Era una niña güerita, con el uniforme limpio y los útiles completos, pero con sus ojitos así hasta daba lástima verla. ¿Y ora? Cuando fui con la directora lo único que me dijo fue que desde

1 A nadie le importó.

la Inspección habían ordenado admitirla y que ya vería yo qué hacer con ella. Al volver al salón ya varios niños la rodeaban. Ella sabía que la observaban, pero no decía nada. Estaba toda roja y, si se puede decir así, bajaba la mirada.

Tuve que ahuyentarlos.

Órale: a sus lugares.

El resto de la clase hicimos como si esa niña no estuviera ahí.

A la directora todo se le hacía bien fácil. Que surgía una bronca por aquí, ahí va el subdirector; que una bronca por allá, mandaba al primero que se le atravesara; pero con los niños ahí sí era bronca de cada maestro. Tanto jodíamos con la plaza, con el sindicato, que, órale, pues, nos decía: a chingarle<sup>2</sup>. Ahí está la chamba que tanto querían. Y así se lavaba las manos. Como si yo no tuviera mis propias broncas. Cuando le platicué a Adriana, medio me escuchó, pero a la primera oportunidad cambió de tema. No sin antes decir que esa no era bronca

2 A trabajar.

mía y que tampoco es que me pagaran como para andar salvando al mundo.

Eres maestro de primaria, no Supermán.

Los primeros días no pasó nada. Me dedicaba a dar mis clases, normal, y a espantarle a los demás niños a la recién llegada. Le jalaban la trenza, se burlaban de ella, le robaban su comida. Lo que se me hizo más fácil fue sentarla frente a mi escritorio. Desde ahí podía ver si alguien se quería pasar de listo con ella. Como no hallaba qué ponerla a hacer, le daba plastilina pa' que hiciera figuritas u hojas de colores pa' que las doblara, las recortara con las manos, y así. El día que habló, me dijo que traía tijeras y que sabía usarlas. Le dije que ni se le ocurriera y hasta se las quité y las guardé en mi escritorio.

Al otro día ya tenía ahí a la mamá y a la directora. Muy seria, la señora me dijo que su hija era perfectamente capaz de usar tijeras y no sólo eso: también podía seguir el ritmo de la clase. La directora nomás me mira-

*Víctor M. Campos* (CDMX, 1976) se formó en el Taller Levrieriano de Escritura Creativa, dirigido por Carmen Simón. Es licenciado en Docencia del Arte por la UAQ. También es cuentista publicado por el Fondo Editorial de Querétaro y en revistas de Argentina, Bolivia, Chile, Colombia, Ecuador, España, Estados Unidos, Perú y Venezuela.

ba sin decir nada. ¿O es que usted no es capaz de darle la clase también a mi 'ja? Eso me caló. ¿Cómo que yo no era capaz? Al rato vería esa señora con quién estaba tratando. Su pregunta se me quedó en la cabeza varios días. Cuando se fue y por segunda vez le pregunté a la directora qué hacíamos, nomás alzó los hombros y me dijo lo de siempre: órale, a chingarle.

A chingarle. A chingarle.

¿Qué fácil, ¿no?!

Pues chingue usted a su madre<sup>3</sup>, pensé en decirle, pero me aguanté las ganas.

Mi plaza me había costado uno y la mitad del otro<sup>4</sup>, y por cosas de esas sí te la andaban quitando.

Mejor entré a internet y busqué a ver si salía algo. Como la cieguita siempre estaba sola y más en el recreo, a veces comía con ella y me platicaba de su hermana mayor; de cómo había acabado una carrera y ahora viajaba mucho. Dijo que ella también quería viajar mucho. Cuando se aventó de memoria las capitales de todos los estados de la república me di cuenta que sabía más que los demás y de que sí quería viajar. Le encantaban los mapas y un día llegó con uno en blanco que tenía todos los contornos en relieve. Después me enseñó una regla con hoyitos y una pluma bien puntiaguda con la que podía escribir.

Mi primer impulso fue quitársela, pero no. Al rato tendría ahí a la mamá y para qué quería yo eso. Cuidadosamente se puso a iluminar cada uno de los estados de un color diferente y luego, toda roja de la pena, pasó al frente y los identificó con todo y capital. Todos nos

quedamos de a seis<sup>5</sup>. Aproveché el momento para decirles a los demás niños que ahí tenían un ejemplo a seguir. Si ella podía, por qué los demás no iban a poder. No debí hacer eso. En los días siguientes, cuando yo salía del salón por un momento, siempre la encontraba chillando al volver. Nadie quería decir quién la molestaba o qué le hacían y ella tampoco lo decía. Sólo le escurrían los lagrimones y se sorbía los mocos, pero no decía nada. Me acordé de cuando me molestaban en la escuela porque era de los más chaparritos<sup>6</sup> así que me dio mucho coraje y los amenacé. Tampoco debí hacer eso. Las mamás de varios se juntaron y armaron un pancho<sup>7</sup> con la directora. Ella me mandó llamar y me pidió explicaciones. Le conté todo y me dijo que tuviera cuidado. Las mamás habían amenazado con ir a la Inspección si yo seguía poniéndole más atención a la cieguita. Ni era cierto eso. Es más, ni siquiera le revisaba las tareas porque yo ni sabía braille. Nomás le ponía un diez y una estrella en la frente para que se fuera contenta a su casa.

Cuando le platicué a Adriana me respondió con dos bostezos y otra advertencia: nomás que pierdas tu trabajo por andar haciéndote el héroe. Luego pasó a platicarme que cada vez le iba mejor en la estética y que estaba pensando seriamente en contratar a un chavo para que la ayudara. ¿Perder mi trabajo? No 'mbre. En internet encontré unas clases de braille que estaban medio caras, pero qué otra cosa podía hacer. Cuando llegó la quincena fui a pagar mi inscripción y la primera mensualidad. El maestro que me atendió era muy viejito y también ciego, pero me tenía mucha paciencia. Me cayó bien desde el principio.

---

5 Atónitos.

6 De baja estatura.

7 Manifestación airada.

Hacerse el héroe era muy difícil. Aprender ese nuevo idioma que se escribía para un lado y luego se leía para el otro me costaba mucho trabajo. Alfabeto, Edmundo, alfabeto. No es un idioma, me regañaba el maestro. Además, el ruido que hacía con la regleta y el punzón ponía más de malas a Adriana. Pareces pollo, me decía. Llévate tus cosas para otro lado. Ella se encerraba en la recámara y me dejaba ahí practicando hasta la madrugada. Había noches en que me reclamaba porque no la dejaba dormir con mi escándalo. Fue así que empecé a llegar tarde a la casa para no hacerle ruido. Me iba a practicar a otro lado y cuando volvía, ella ya estaba dormida o todavía no llegaba.

También empezó a llegar tarde igual que yo.

La cieguita se sorprendió cuando empecé a leer sus tareas en braille. Primero muy lento, y así, pero con el tiempo le fui agarrando la onda. Parecía más contenta y hasta hizo uno o dos amigos. Ya no comía sola en los recreos y a veces hasta la invitaban a jugar. Le gustaba trepar árboles y decía que hasta sabía andar en bicicleta. Por un tiempo la mamá y la directora estuvieron en paz. Nomás que no se me ocurriera a mí ponerla de ejemplo ni amenazar a nadie y todo estaría tranquilo. Pero llegó el concurso de los símbolos patrios.

Todos los niños tenían que participar así que por todos, entendí todos. La cieguita tenía memoria de elefante y cuando hablaba lo hacía como nadie. Cuando se hicieron las primeras eliminatorias en la primaria, la directora nomás me echó sus ojotes. Las mamás de los otros niños también y en pocos días volvieron a hacer borlote. Esa vez la directora no la tuvo tan fácil: cuando la cieguita quedó como representante de la escuela para ir al concurso de

---

3 Copule con su madre.

4 Mucho esfuerzo.

zona, no supo qué hacer. ¡Cómo que esa niña nos va a representar! Esa vez el que alzó los hombros fui yo. Donde manda inspector, no gobierna directora.

Ándate con cuidado, Edmundo, me dijo.

Estás en la cuerda floja.

Por la tarde fui a mis clases de braille y al llegar me encontré una corona de flores y un moño negro afuera de la casa del maestro. Se me hizo un nudo en la garganta y ya ni tuve que preguntar nada. Me quedé un rato, rezamos por su eterno descanso y me tomé tres cafés. Esa noche llovió mucho y llegué a la casa muy tarde y todo mojado. En la mesa del comedor había un papel en el que Adriana me decía adiós y me felicitaba por ser un héroe. Se había llevado casi todo y sólo estaban mis cosas por ahí aventadas. Tenía muchas ganas de llorar, pero no había tiempo. Me cambié de ropa y me puse a trabajar.

Pronto sería el concurso y había que preparar a nuestra representante. Elegí una oda a la patria más

larga y difícil y me aventé toda la noche pasándola al braille. Al día siguiente se la di. Todos los días practicábamos en el recreo, a escondidas de la directora, y cada vez le iba saliendo mejor. Así hasta que el mero día llegó. Cuando ella subió a la tarima, con sus zapatos boleados y sus calcetines de holanes, la falda bien planchada, su suéter con el brazalete de la escuela y su bastón, todos se quedaron de a seis. Se aclaró la voz y declamó alzando la mirada como si sus ojos pudieran ver esa patria soñada, esa bandera bella y esa tierra rica y fértil de la que hablaba la oda. Cuando terminó todo el mundo se quedó en silencio. Luego fue el inspector el que se aclaró la garganta y pidió el aplauso del público. Muchos aplaudieron. Yo lo hice hasta que me ardieron las manos. A la directora no le quedó de otra y también aplaudió. Pasaron más niños y al final, luego del redoble de tambores, se dio el nombre del ganador: María Guadalupe. Ahí mero me cayó el veinte de que la cieguita tenía nombre. La directora subió e improvisó unas palabras en las que se decía muy contenta y luego habló de todos los esfuerzos que la primaria había estado haciendo para

obtener un logro como ése. María Guadalupe volvió a subir, esta vez acompañada de su mamá, y dio las gracias. La mamá también dio las gracias y, entre lágrimas, recibieron la estatuilla y se abrazaron. La directora y algunas mamás me miraban con ojos de pistola. Yo estaba que no cabía de orgullo y no podía dejar de sonreír. Al siguiente viernes me cambiaron de escuela. Aunque fui al sindicato y le rogué al líder, de nada sirvió. Es usted muy buen maestro y necesitamos muchos como usted allá en la sierra así que me agarra todas sus chivas<sup>8</sup>, y órale. Al inspector de zona nunca lo pude hallar en su oficina. Le mandé varios correos a la directora pidiéndole que me ayudara. Fui a buscarla, pero mandó al subdirector a decirme que estaba muy ocupada y que no había modo de que me recibiera. Me mandaron a la sierra nomás por su güevos<sup>9</sup> y a todos les valió madres.

Ahora Supermán tendría que viajar cinco horas en camión y tres en mula hasta su nueva escuela.

---

<sup>8</sup> Sus pertenencias.

<sup>9</sup> Arbitrariamente.

